

estímulo a las artes y manifestaciones de todo género del alma indígena.

Pese a los sociólogos baratos, que abundan por todas partes, las Repúblicas bolivianas y morazanicas, y el Brasil, tienen por resolver todavía su problema racial, más tenaz y escabroso que los otros, y la única solución justa y racional de ese problema es la mexicana: nivelar al indio, por la educación y los medios iguales de cooperación social, con las demás razas. Es verdad que el indio de esas repúblicas, sumido en la degradación por la colonia y los sistemas posteriores, carece del estímulo magnífico que significan en México, la tradición, el número y la energía. Pero ello mismo nos está indicando que el mexicano está destinado a desempeñar un gran papel liberador para con esos hermanos, y que es hacia aquí adonde deben mirar tantos millones de hombres perdidos en la letargia y el horror de las razas degradadas, para aprender todo el alcance de sus posibilidades vitales. El indio mexicano tiene que ser el maestro de libertad y cultura de todas las poblaciones indígenas del Sur. La estatua de Cuauhtémoc, levantada hace poco tiempo en Río Janeiro, es el primer jalón de una etapa reivindicadora. Falta ahora, no más, que vayan a Bolivia, a Nicaragua, a Colombia, indios mexicanos vivos, que trasmitan su enseñanza a los de allá y les muestren el ejemplo de su liberación personal y racial, que los inicien en sus artes originales y en el aprovechamiento de la cultura europea y yanqui asimilable, simplificada y humanizada, tal como se les comienza a enseñar en México.

La América Indolatina — designación surgida del espíritu de la Revolución Mexicana, y única designación verdadera y dignificadora — será siempre un defraude pavoroso de las esperanzas que en ella han puesto los grandes pensadores, desde Justo Lipsio, Las Casas y De Pratt, hasta France y Andreiev, si no cumple su promesa de liberación individual y armonía racial. Crece de empuje aquí la significación de México, como factor directivo, porque es el único país en que el indio tiene un alto valor social y vive en mejor relación con las otras razas.

Motivos políticos y sociales

DESDE el triunfo de Juárez contra Maximiliano, quedaron en México resueltos varios nudos políticos que estrangulan aún la libertad en varias repúblicas del Sur, inclusive algunas del grupo europeizado, y que necesitan todavía una reforma. La separación de la Iglesia y el Estado, la federalización de las provincias, la

obtención del respeto internacional por la voluntad demostrada de perecer antes que dejarse esclavizar, fueron las bases mexicanas estatuidas desde entonces. La Revolución Mexicana, que comenzó en 1910, y que apenas ha terminado, en su faz sangrienta, ha dado a México la primacía entre los pueblos que se han lanzado a resolver la cuestión social que conmueve a todo el mundo, la cuestión del hombre explotado por el hombre, y de los pueblos explotados por otros pueblos. La Constitución Mexicana de 1917, anterior al soviético, es la resultante de ese esfuerzo. En esa constitución se corta de tajo la explotación del pueblo mexicano por algún pueblo extranjero, declarando la nacionalización de la tierra y de las riquezas naturales. Y se palió en mucho la explotación de los habitantes, unos por otros, reglamentando de manera revolucionaria el contrato del trabajo. Los Artículos 27 y 123 de la Constitución de Querétaro señalan un alborada en la historia del continente. Cualesquiera que sean las atenuaciones que en la práctica hayan recibido esos principios, en fuerza de circunstancias inevitables, lo importante era convertirlos en mandatos imperativos, y México ha ratificado su gran triunfo social al obtener en este año el reconocimiento de los Estados Unidos, sin claudicar de sus leyes revolucionarias.

Como apreciable consecuencia de la Revolución — la Revolución que aspira a dar tierra a todos los trabajadores y a poner punto final a la dominación de los capitalistas internacionales, debe llamarse Revolución, con todas sus letras, — el feminismo ha comenzado a fructificar en México. En Yucatán, las leyes familiares son en extremo adelantadas, pues establecen igualdad absoluta para ambos sexos, y reducen a un mínimo la intervención del Estado en las cosas de la familia.

México ha dado incontables becas a estudiantes centro y suramericanos; ha regalado estaciones inalámbricas y aeroplanos a las Repúblicas centrales, y ha protestado, en forma efectiva, contra los bandidos dictadores que son el infortunio de algunas de estas naciones, como lo prueba su ruptura de relaciones con el déspota de Venezuela.

En el período más álgido de la guerra europea, México tuvo entereza para mantener una neutralidad seria y consciente, inspirada sólo en el propósito de resguardar la soberanía nacional.

México ha desconocido, con el ademán enérgico del Presidente Carranza, la falsa protección de la Doctrina de Monroe. Un mexicano, Isidro Fabela, está escribiendo la historia de las relaciones de los Estados Unidos con los países indolatinos, con el nombre de

Los Estados Unidos contra la Libertad.

México se negó a asistir a la última Conferencia Pan-americana, provocando con su inasistencia una revolución en dicho organismo internacional, y el comienzo del derrumbamiento de la consentida hegemonía yanqui en el seno de tales conferencias, en camino a la igualdad de todos los componentes.

México, Rusia y Alemania, tuvieron el honor de ser excluidos por las potencias de presa de esa farsa ridícula de la Liga de Naciones, con la cual acaba de hacer una inconveniencia muy italiana el condotiero Mussolini.

México ha vivido varios años sin el reconocimiento de tres de las grandes potencias, prácticamente las que dominan el mundo, desafiando ese incontrastable poderío por sostener sus ideales.

No es clarividencia prever que los artículos 27 y 123 de la Constitución Mexicana irán penetrando en las constituciones de las repúblicas americanas, inclusive los Estados Unidos, con mayor o menor tardanza, según el grado de desarrollo de las mismas y de la crudeza o tolerancia de su organización social.

Si México encabeza a la América Indolatina geográficamente, y tiene en ella lugar primario por causas etnológicas e históricas, completa gallardamente su descollante personalidad al dar ejemplo de cómo se resuelven las lacras políticas y sociales de que adolecen todas estas naciones. Y el destino singular de esta nación se excede todavía, al coronar tantas pre-excelencias con su joyante espiga de

Motivos espirituales y artísticos.

LAS artes mexicanas, hoy como en los tiempos precolombinos, son las únicas originarias y valiosas del continente. El espíritu artístico del mexicano, no tiene par, desde Behring hasta el cabo de Hornos. Cuando los europeos hablan de las civilizaciones que han existido al través de los tiempos, agregan una «civilización mexicana», que fué detenida en su madurez por la conquista española; Oswald Spengler, el mayor crítico actual de la historia, así lo estampa Max Hueffer, el crítico de arte inglés, dice haber encontrado en tierras mexicanas la expresión artística más profunda y espontánea de cualquier pueblo: el indio que enflora al asno en que lleva al mercado frutas y artefactos. México tiene música propia; cerámica y tejidos, marcados con el sello azteca; tesoros arqueológicos únicos y crecientes; y hasta indumentaria y costumbres particulares. El charro y la china poblana son elementos del teatro vernáculo. El pintor mexicano Best